



Juan Friede, primer *marchand* de Bogotá y pionero de la moderna historiografía colombiana

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Profesor asistente, Escuela Superior de Educación Pública (ESAP)

Fotografías de Ricardo Friede

Trabajo fotográfico: Alberto Sierra

I

CONOCÍ a Juan Friede (1901-1990) a través de las lecturas de los cursos de historia de Colombia que tan sabiamente daba en la Universidad Nacional la profesora Margarita González. Esas primeras referencias acerca de Friede constituyeron toda una revelación, pues, además de proporcionarme enseñanzas sobre temas desconocidos, me abrieron grandes perspectivas, despertaron en mí especiales inquietudes intelectuales y sobre todo me indicaron que ese extranjero que había investigado y escrito sobre los indígenas de manera tan apasionada debía de ser un personaje lleno de historia.

Tal impresión se me confirmó cuando, en 1980, tuve la oportunidad de tomar durante un semestre, equivalente al trabajo de campo, un curso de etnohistoria en el Instituto Colombiano de Antropología con el entonces octogenario pero aún vital maestro, lo que me sirvió para conocer de cerca a un verdadero pionero de la cultura moderna colombiana. Desde entonces, y durante cerca de catorce años, me dediqué a seguirle la pista a la apasionante vida y obra de Friede, acerca de algunos de cuyos aspectos daremos noticia en este artículo.

II

Algún día del verano de 1925, el gerente de la sucursal en Londres de la casa de exportaciones e importaciones F. Stern y Cía. le comunicó a Juan Friede Alter —joven licenciado en ciencias económicas y sociales de la Escuela Superior de Comercio de Viena y estudiante de cursos libres de la recién fundada London School of Economics— que la casa matriz, con sede en Hamburgo, le proponía que viajara a un desconocido país suramericano llamado Colombia, para negociar ciertas cuentas morosas. El fogoso ucraniano de origen judío no dudó mucho en aceptar, pues era una buena oportunidad para arreglar su situación económica, después del matrimonio, el 25 de julio de ese año, con Helene Herlinglauss, su compañera de militancia en el grupo anarco-ecologista de los Vanderfiegl, con quien llevaba conviviendo un tiempo. Además, era ésta una magnífica ocasión

Página anterior:

Juan Friede, firmada en relieve por J. N. Gómez, Bogotá.



Con su primera esposa colombiana, María Nicolasa González, en un baile, Manizales, c 1950.

para sumar experiencias y aventuras a su ya amplio periplo: desplazamiento desde Wlawa, su población natal, a Königsberg; de allí, a consecuencia de la primera guerra mundial, a Kiev, la actual capital de Ucrania; después al importante puerto de Odessa, en la costa del Mar Negro, para, finalmente, llegar, en vísperas de la revolución bolchevique, a la turbulenta Moscú, ciudad en la que terminó su bachillerato y en la que trabajó, entre 1917 y 1919, en el Ministerio de Educación como coordinador de planes de alfabetización de adultos.



Con su hijo Ricardo Friede.

En 1919, a causa de que la triunfante revolución quería apoderarse del capital de su malquerido padrastro, la familia decidió emigrar a Odessa, ocupada en ese momento por los franceses, y pasar luego a Polonia, país en el que el adolescente decidió independizarse y viajar a Alemania, con el fin de estudiar y trabajar con el apoyo de sus parientes. Fue así como inicialmente se instaló en Berlín y después se trasladó a Hamburgo, en donde entró a trabajar en una casa de cambio de propiedad de unos familiares. Al poco tiempo fue trasladado a Viena, la antigua capital del imperio austrohúngaro y sede de la república austriaca desde 1918. En esa ciudad el ambiente cultural de la posguerra mundial y los dorados años veinte fueron particularmente ricos, y Friede los vivió intensamente, sobre todo en lo relativo a la convivencia social y cultural con otras etnias y culturas en el seno de la universidad.

Al terminar sus estudios de economía y ciencias sociales, en 1923, viajó a Hamburgo, donde se vinculó a la F. Stern y Cía. Por ese tiempo ya militaba en el Vanderfiegel, grupo que un sector de la juventud alemana creó como respuesta a la barbarie de la guerra, y que reivindicó lo no convencional, las manifestaciones de las culturas alternativas, populares, y cimentó en sus militantes el amor y el respeto a la vida al aire libre, al naturismo, a la actividad anónima del pueblo, lo que le sirvió a Friede Alter para consolidar una posición de izquierda, de crítica hacia la sociedad dominante.

Sin embargo, lo que nunca imaginó Juan Friede, al aceptar el ofrecimiento de viajar a Colombia, era que ese para él desconocido país suramericano iría a ser su

segunda patria, pues se nacionalizó como colombiano en 1930; de cinco hijos, tuvo tres colombianos: Ricardo Friede González (Manizales, 1938), Jaime Friede Muñoz (Bogotá, 1942-1978) y Juan Friede Muñoz (Bogotá, 1944); en Colombia consiguió fortuna y aquí descansan sus restos.

Pero, sobre todo, Colombia le dio la oportunidad, y él la aprovechó, de realizarse como intelectual, investigador y ser humano.

III

Tras estudiar cuatro meses de castellano intensivo, se embarcó, a comienzos de 1926, con su joven pareja en el buque Itabury. El primer puerto colombiano que tocaron fue Cartagena, y después Buenaventura, donde desembarcaron, a lomo de negro, ocho baúles llenos de mercancías. Al día siguiente tomaron con destino a Cali el lento ferrocarril del Pacífico. Luego de dieciséis horas de viaje, llegaron a la Sultana del Valle, en donde permanecieron tres semanas. De allí se trasladaron, primero por tren y seguidamente por cable aéreo, a Manizales, semidestruida por un incendio en 1924. La razón para tal viaje era básicamente comercial, pues la antigua capital del Gran Caldas era el centro de operaciones de los negocios de importación de productos alemanes y de exportación de café de la F. Stern. Allí era donde don Juan debía aclarar gran cantidad de cuentas.

Desde un principio, la sensación de Friede en ese primer viaje a Colombia fue de sorpresa y alucinación, pues todo era novedoso para él: la variedad y colorido de las desconocidas frutas tropicales; la alegría, el ímpetu y la simpatía de los negros, que encontró muy distintos de los africanos que había conocido en Europa; las majestuosas palmas reales de la caleñísima plaza de Caicedo; la magnificencia de las ceibas del valle del Cauca, pero sobre todo la luz del trópico.

A raíz de éste, su primer viaje, y como el país le había gustado, Friede solicitó a sus patronos que lo nombraran su representante en Colombia. De ese modo, viajó por segunda vez, en 1927, en compañía de doña Helene (de la que se separó en 1930), y se instaló en Manizales, ciudad a la que estuvo vinculado, con algunas interrupciones, hasta 1941, y donde amasó una considerable fortuna, primero como representante de la F. Stern y de otras compañías extranjeras y desde 1935 hasta 1941 como socio fundador, con Daniel Gómez Arrubla, de la Caldas Motor, la primera distribuidora de automóviles que existió en Caldas.

Desde Manizales se desplazaba, unas veces en automóvil, otras a caballo, motocicleta o cualquier medio de transporte que requiriera, a Antioquia y el Chocó, así como a otros sitios del territorio nacional, pero sin llegar a Bogotá. La mayoría de esos viajes eran correrías comerciales, aunque no desaprovechó la ocasión para aventurarse a lugares distantes del destino original. Estos periplos le permitieron hacerse una idea bastante real del país y sus gentes, así como concebir la formidable empresa intelectual que emprendió años después.

En efecto, en 1928, en el mercado de Manizales, vio un reducido grupo de indígenas chamís. La sensación fue grande. A ciencia cierta, no se sabe qué fue lo que más conmovió y captó la atención del boyante mercader. Quizá fue lo desharrapados y pobres, o lo pintorescos, o la extrañeza, para él, de que pudieran existir seres alejados de las fábricas y de los negocios. En fin, lo cierto es que a la primera oportunidad que tuvo viajó a caballo desde Manizales hasta Anserma, en donde



María Nicolasa González, con su hijo Ricardo Friede.

tomó río abajo el San Juan. Después de un largo trecho, encontró una escuela de niños indígenas, en la que permaneció tres días observando lo para él desconocido. De ese primer contacto con los chamís existe un artículo que publicó en un periódico de los Vanderfiel. Sin embargo, hasta 1942 no retomó esa actividad de escritor, la que desde entonces nunca abandonó y cultivó durante cerca de cuarenta años.

A partir de ese primer contacto con los indígenas, aprovechó cualquier ocasión para visitar lugares en donde hubiese cualquier tipo de asentamientos indígenas. Fue así como, poco tiempo después de ese encuentro, tuvo que ir a Pasto en viaje de negocios. Una vez cumplidas sus obligaciones, viajó al valle del Sibundoy, en donde encontró, con sorpresa y malestar, que los niños indígenas de la escuela, regentada por monjas alemanas de la comunidad franciscana, cantaban, en alemán y a la perfección, el himno de la república alemana pero prácticamente habían olvidado sus canciones tradicionales. Así mismo, pegada en las puertas de la iglesia de Sibundoy, vio una lista de tarifas para bautizos, casamientos, misas, etc., los que podían ser pagados en pesos o en productos agropecuarios. Otro impacto lo recibió al presenciar una fallida cacería de indígenas emprendida por mestizos.

A su regreso de Sibundoy, pasó por Popayán. Lo observado en el Putumayo definitivamente lo había impactado y sensibilizado. Desde entonces, su atención se fijaba en cualquier detalle referente a la aculturación-deculturación que sufrían los indígenas, así como a las vejaciones y maltratos que les infligían. Pudo darse cuenta de que al indígena se le asimilaba a la categoría de jornalero, pero se le pagaba un salario inferior. Tales experiencias marcaron el derrotero de buena parte de la producción intelectual de Friede: la problemática del indígena en Colombia vista, en algunos casos, desde lo etnográfico e histórico, o solamente desde lo histórico, pero con un trasfondo documental muy bien cimentado. Es de subrayar



El guerrero, San Agustín (Huila).

que el Sibundoy fue un sitio que siempre le interesó, y que su relación con los padres capuchinos, quienes manejaban la prefectura apostólica allí ubicada, fue siempre conflictiva. Los franciscanos también atrajeron su atención, y los estudió permanentemente.

En 1929, Juan Friede realizó una primera visita a San Agustín y al Alto Magdalena, lugares que fueron decisivos tanto en su posterior producción intelectual como en su vida misma. Al poco tiempo y en el mismo año en que se nacionalizó, la pareja Friede-Herlinglauss decidió separarse. Proceso traumático, pues parece que

doña Helene abandonó injustificadamente el domicilio conyugal y viajó intempestivamente a Europa, ante lo cual don Juan no demoró en ir a buscarla.

IV

En Europa permaneció seis meses, tras lo cual regresó a Manizales. A principios de 1933 y como secuela de la depresión mundial del año 29, la F. Stern y otras empresas importadoras quebraron. Como tenían varios deudores, Juan Friede decidió comprarles a la F. Stern y a otras compañías extranjeras ese pasivo, razón por la cual atravesó el Atlántico a fin de negociar directamente con los interesados el monto, las condiciones y otros detalles. Al mismo tiempo, aprovechó ese viaje para reencontrarse en Polonia con su señora madre y seguir algunos cursos de historia del arte en la Universidad de París. En esa ocasión permaneció en el viejo continente año y medio, pero el avance del fascismo lo obligó a retornar a Colombia. El trópico, además de cautivarlo, era una opción de vida que Europa no podía ofrecerle en ese momento.

En el verano de 1933 viajó por España buscando las huellas del Greco. Lo acompañó un amigo pintor, de nacionalidad holandesa y de origen judío, como él, llamado Arthur Goldsteen. El viaje resultó toda una expedición etnográfica, pues ambos viajeros tenían un marcado interés por el enigmático pueblo español, razón por la cual se alojaban en las casas de los campesinos, comían lo que allí les ofrecían, etc. De todo ello llevaron un diario de campo, tomaron varios rollos de fotografía y Arthur Goldsteen dibujó varios apuntes que le sirvieron para publicar un libro profusamente ilustrado: *Spaans Schetsboek. Het Wereldvenster*. Baarn. De España pasaron a Tánger (Marruecos), Argelia, Túnez y Sicilia. De Italia regresaron a París, en pleno invierno.

En una taberna de un olvidado pueblito de Andalucía, los viajeros tuvieron una de las experiencias más intensas y perdurables: escucharon cante jondo, esa expresión trágica, triste, lánguida y condenada, ese grito de dolor retenido, sostenido, que llega a estremecer y embrujar por el alto contenido de queja interminable, sin esperanza, que conlleva. Muy similar a ciertos melancólicos cantos judíos, para ambos amigos significó un reencuentro con sus raíces. Igual experiencia vivieron en otros pueblitos cerca de Fez (Marruecos) y Orán (Argelia). Años después, una vez terminada la segunda guerra mundial, cuando volvió a España a estudiar en los archivos de la península, especialmente en el de Sevilla, la historia de la conquista y colonia de su segunda patria, Juan Friede se convirtió en un promotor importante de esa manifestación artística, que tanto lo impresionó y le recordó sus orígenes culturales.

Al volver a Colombia lo hizo acompañado de una nueva mujer. Se instaló en Manizales y comenzó a cobrar la cartera morosa de la F. Stern y de otras compañías. Se vinculó a una firma caleña distribuidora de automóviles Ford, que le ofreció montar una concesionaria en Manizales. Como no tenía el dinero suficiente, pues no había recuperado la totalidad de lo invertido en el negocio de la F. Stern, le propuso a Daniel Gómez Arrubla, joven distribuidor de paños y vástago de una de las familias más prestantes de la capital caldense, que crearan la Caldas Motor, compañía que comenzó a funcionar el 25 de marzo de 1935, en un local en el palacio arzobispal.

La gestión gerencial cumplida por Friede fue bastante eficiente, pues rápidamente logró que se abrieran subsidiarias en Pereira y Armero, con la que dominaron el



Corrida de toros.

comercio de automóviles en el Tolima, y en 1938 la Colombia Motor, en Bogotá, que prácticamente corrió bajo su dirección y le obligó a permanecer por periodos de tres y más meses en la capital del país, hasta que en 1941 se radicó en ella definitivamente y vendió a su socio sus derechos sobre la Caldas Motor, no sin antes despedirse de una manera muy particular, pues algún día de noviembre de 1941 llamó a Daniel Gómez Arrubla y le dijo: "Danielito, hasta aquí trabajamos juntos. Muchas gracias por todo lo que me enseñó. Ya sé que ganar la plata es fácil; lo difícil es cómo conservarla, y eso no lo voy a aprender; de manera que me voy a otros lares a ver cómo me va". Tan original forma de decirle adiós a un lucrativo negocio fue siempre motivo de comentario de su socio y amigo.

Adquirió en las afueras de Manizales una propiedad de 38 hectáreas, situada en un lugar paradisíaco, muy en concordancia con la concepción de Vanderfiel, pues tenía una inigualable vista a la carretera, al río Magdalena y al nevado del Ruiz, además de un soberbio bosque, en el que permanentemente ponía trampas para capturar diversos animales de monte, especialmente pajaritos del más variado y colorido plumaje, que luego encerraba en jaulas, todo ello complementado con vacas para el ordeño y gallinas ponedoras y para el sacrificio. Allí construyó una confortable casa, tipo chalé, a la cual, por sus características arquitectónicas, la gente llamó "La Palomera" o la casa del "Alto del Perro", la que vendió a Goetz Pfeil-Schneider, administrador de la Caldas Motor que había contratado en Panamá, en 1938, y quien años más tarde introdujo en Colombia los camperos Toyota. Últimamente, a la antigua casa de Friede se la conoce como "la casa embrujada"; sobre ella se adelanta un complicado proceso judicial y se la quiere declarar patrimonio nacional.

En la casa del "Alto del Perro" estuvo viviendo por un tiempo con Ilse, su compañera alemana por ese entonces, pero la vida campestre que él le propuso no le gustó a ella, y al poco tiempo la mujer volvió a Alemania. Ese segundo fracaso sentimental con mujeres europeas lo decidió a tener relaciones con colombianas. Comenzó entonces una muy agitada y activa vida amorosa con mujeres de todo tipo y condición social.

En 1935, al poco tiempo de retornar a Colombia, viajó por primera vez a Bogotá. El encuentro con la capital fue otra sorpresa, pues tuvo la ocasión de encontrar una ciudad tropical en la que, a diferencia de las de otros lugares del país, la luz era opaca. Además de sucia, llena de hollín y ruidosa, era fría y un tanto deprimente, pero propicia como la que más para la producción intelectual. Como diría García Márquez, refiriéndose a su primer contacto con Bogotá, era la ciudad que más lo había impresionado en el mundo, pues “era una ciudad gris, donde todo el mundo se vestía con mucha ropa, casi siempre negra o gris y muy pesada”.

En ese mismo año, el entonces contralor general de la república, Plinio Mendoza Neira, contrató a Antonio García (1912-1982), joven abogado bogotano egresado de la Universidad del Cauca, para que adelantara un estudio de geografía económica sobre el departamento de Caldas. García aceptó el encargo siempre y cuando se le permitiera apartarse del simple método de recopilación de documentos, informes y estadísticas oficiales empleado hasta ese momento en los estudios geográficos de Antioquia, Atlántico, Boyacá y Bolívar, contratados también por la Contraloría. La propuesta de García era realizar una extensa investigación de campo en la totalidad de la región caldense: desde la frontera antioqueña del norte hasta el ondulado anfiteatro del Quindío; desde el valle del Magdalena hasta las áreas boscosas del río San Juan, de cara al litoral Pacífico, la que completó con una sistemática revisión bibliográfica de archivos e informes, de análisis e interpretación del rudimentario instrumental estadístico existente. La idea fue avalada de manera entusiasta por Mendoza y acogida por su sucesor: Carlos Lleras Restrepo, interesado por ese entonces en imprimirle a la institución a él encargada una nueva perspectiva y organización de la estadística nacional. García realizó su estudio entre 1936 y 1937. Acompañado por el ingeniero Luis Jorge Eslava y el agrónomo Alfonso González Revollo, vivió una larga temporada en Caldas.

En Manizales se conoció con Juan Friede, quien, además de vender automóviles, tenía ya serias inquietudes respecto a la cultura colombiana y americana en general. Sin embargo, así viviera en una ciudad considerada “cultura”, representante de la llamada cultura “greco-quimbaya” o “greco-caldense”, con eminentes y destacados hombres del mundo de las letras y la política, como Gilberto Alzate Avendaño y Silvio y Aquilino Villegas, se guardaba mucho de expresarlas en público, pues podía pasar por desquiciado, y tal cosa no le convenía para los intereses de la Caldas Motor. Para sus empleados, aunque no para su socio, siempre pasó por ser una persona multifacética, pues, a la vez que hacía buenos negocios en el para entonces difícilísimo mercado de automotores, se preocupaba por las cosas del país, por la cultura y el arte. Además, era sabido que en sus ratos libres le gustaba visitar y conocer sitios arqueológicos de importancia, así como colecciones arqueológicas privadas.

En García encontró un magnífico interlocutor, pues el lúcido abogado, además de ser un experto en economía política, era un apasionado estudioso de la realidad indígena colombiana y americana en general. Con él Friede pudo comentar el cúmulo de observaciones efectuadas durante años sobre la situación de las comunidades indígenas, observaciones que coincidieron en mucho con las que García había hecho en Popayán y sus alrededores mientras estudiaba derecho en la Universidad del Cauca, regentada entonces por César Uribe Piedrahíta.

A partir del establecimiento, en 1938, de la Colombia Motor en Bogotá, don Juan tuvo que desplazarse frecuentemente y por largas temporadas desde Manizales a



Con acompañantes en Manizales.

la capital del país. Montó entonces casa, buscó compañera y se reencontró con Antonio García, quien lo relacionó con la sociedad bogotana, los intelectuales y los pintores. A través del negocio de automotores, entabló amistad con el maestro Ignacio Gómez Jaramillo, quien por esos años de 1938 y siguientes fue blanco de infinidad de ataques debido a la realización, para el Capitolio, del mural *La liberación de los esclavos*. Gómez Jaramillo, junto con Pedro Nel Gómez, Luis Alberto Acuña, Carlos Correa, en pintura, y José Domingo Rodríguez y Rómulo Rozo, en escultura, entre otros, representaban la vanguardia del arte moderno del país, pues fueron quienes por primera vez procuraron lograr un arte propio, lo que implicó el reconocimiento e incorporación del medio geográfico, el ambiente tropical y las circunstancias étnicas e históricas de América. A diferencia de las anteriores y posteriores generaciones de pintores colombianos, este grupo de artistas tuvo una sólida formación humanística y quiso hacer un arte para el pueblo, basado en motivos nativos, indígenas.

De todos ellos se hizo amigo Friede, pues el tipo de arte por ellos practicado se acercaba a su particular concepción artística heredada de los Vanderfiegel y del estudio del arte moderno. Se le ocurrió entonces la idea de fundar la primera galería de arte que existió en Bogotá y en Colombia. Para ello invirtió una buena cantidad de dinero, adecuando un local situado en la carrera séptima número 23-85 —ahí en donde por mucho tiempo funcionó el restaurante Monte Blanco y actualmente queda una pescadería— y adquiriendo una colección de obras de arte permanente. La revista *Estampa*, dirigida inicialmente por Jorge Zalamea y posteriormente por José Umaña Bernal y cuyo jefe de redacción era el poeta mexicano Gilberto Owen, amigos también de Friede, catalogó el arriesgado negocio como una “aventura” pero también reconoció que la historia recordaría a don Juan Friede como el primer *marchand* de Bogotá.

La Galería abrió sus puertas el sábado 18 de mayo de 1940 y funcionó en el local de la séptima hasta mediados de 1941. Cerró sus puertas por un tiempo, hasta el 7



Personaje de Pasto (Nariño).

de febrero de 1942, cuando reabrió en un nuevo espacio, el de la calle 22 número 8-60, con el nombre de Nuevo Salón, al cual también acondicionó para el mejor desarrollo de las actividades peculiares de una galería: la exposición y venta de

obras. La reinauguración corrió a cargo de una muestra de los últimos trabajos de Ignacio Gómez Jaramillo, Carlos Correa y Hena Rodríguez. La vida de este nuevo intento fue efímera, pues la galería cerró de nuevo sus puertas el 18 de mayo de 1942. Friede trasladó entonces a su casa la colección adquirida, y con alguna frecuencia la mostraba a sus amigos y conocidos, y mantuvo hasta su muerte parte de ese acopio artístico.

Para el momento en que Friede estuvo vinculado a negocio del arte, el gran centro cultural de la capital era el edificio nuevo (1938) de la Biblioteca Nacional. Allí existía una serie de salones que se destinaban a salas de exposición. El osado galerista trató de generar en su negocio un sitio de reunión de intelectuales y artistas paralelo a la Biblioteca, en el cual, además de observar arte, se hablara y discutiera de literatura, economía, política y otras materias. Durante el corto tiempo que funcionó el negocio en el local de la séptima, se presentaron, en total, diez exposiciones, las que sirvieron para agitar el mundillo artístico, generar polémica y despertar la crítica, esta última todavía muy balbuciente en el país. Las exposiciones siempre contaron con comentarios, en favor o en contra, de los intelectuales, que eran quienes tenían alguna autoridad para hablar de algo casi desconocido en el país. Es así como, por ejemplo, la exposición de Carlos Correa, en agosto de 1940, fue criticada por Gonzalo Canal Ramírez y por Luis Vidales.

El negocio de arte poco avanzó, el público no respondió a los esfuerzos y los artistas no estaban muy seguros de los resultados. La apatía del público comprador se explica porque las muestras expuestas en la galería de arte fueron de los más notables pintores bachués: Carlos Correa, Pedro Nel Gómez, Ignacio Gómez Jaramillo, Gonzalo Ariza, Luis Alberto Acuña, etc., cuyo arte, pese a ser el antecedente inmediato del arte moderno colombiano, no gustaba por su temática y concepción, casi siempre social, inspirada la mayoría de las veces en los grandes muralistas mexicanos, a contrapelo del paisajismo dominante. Además, los pintores pertenecientes a este grupo nunca actuaron unificadamente ni se reconocieron como tal; había muchas diferencias y problemas entre ellos, demasiada independencia de unos y otros, lo que impidió la formación de una escuela.

Por lo general, las exposiciones fueron inauguradas por los más importantes intelectuales de la época. Por ejemplo, la de Ariza, en julio de 1940, fue presentada por Enrique Uribe White. Esta exposición fue muy significativa, pues los cuadros colgados correspondieron a la etapa de recién llegado de Tokio, donde el pintor permaneció un año especializándose, por cuenta del gobierno colombiano. Esta etapa de estudio en el Japón marcó la definitiva transformación artística de Ariza. De ser un pintor que en un principio trató de aplicar artificialmente la técnica y el contenido de la pintura mexicana a los motivos colombianos, pasó a dejarse influenciar por los surrealistas para finalmente, después de su permanencia en el país asiático, convertirse de un pintor socializante, crudo y brutal, en un virtuoso de la pintura floral, en un paisajista elegíaco, en un pintor abstracto y oriental, con serias inclinaciones pronazis, que afluyeron cuando entró en negocios con don Juan, a quien acusó de ser un judío explotador. Después de la exposición, como es obvio, las relaciones entre ambos se hicieron muy tirantes y se rompieron definitivamente en diciembre de 1941, aunque siguió un agudo enfrentamiento por temas relativos a lo que debía ser un arte nacional o no.

La exposición de Pedro Nel Gómez, en octubre de 1940, contó con las palabras inaugurales de César Uribe Piedrahíta. Fue una muestra retrospectiva de la obra del pintor desde sus comienzos hasta el momento de la exposición, incluyendo los

bocetos o cartones, tamaño natural, de los murales que Gómez estaba realizando para su casa de la colina de Aranjuez, en Medellín. El resultado económico no fue bueno, pues, al igual que toda la obra de los bachués, la de Pedro Nel Gómez despertaba mucha resistencia. Sin embargo, contó con una numerosa asistencia.

La galería no sólo sirvió de sitio de encuentro de artistas, intelectuales, políticos y personalidades (por ejemplo, el entonces presidente de la república, Eduardo Santos, visitaba frecuentemente la sala), sino también, en algunas ocasiones, sirvió para fines políticos y benéficos. En septiembre de 1940, por ejemplo, el dueño ofreció un coctel, con numerosísima asistencia, a beneficio de la Cruz Roja Internacional.

VI

Al poco tiempo de la inauguración de la galería de arte, el Ministerio de Educación Nacional abrió las inscripciones para el Primer Salón de Artistas Colombianos, cuya apertura se cumplió el 12 de octubre de 1940 y cuyo ganador fue Ignacio Gómez Jaramillo. En el segundo y tercer salón, Friede desempeñó un papel importante. Desde 1940 se había convertido en mecenas y protector de Carlos Correa, pintor hoy en día prácticamente desconocido y olvidado, gracias a la pluma destructiva de Marta Traba, pero que para la época a que nos referimos era considerado un talento, por ser “un enérgico captador de formas concretas, exaltadas por un espíritu dogmático y violento”, características que le gustaron a don Juan y que lo impulsaron a sacarlo de vivir de una pobre pensión, la San Jorge, y adaptarle la mansarda del edificio Friede, en la calle 64 con carrera tercera, para que pintara y viviera dignamente.

Desde que vivía en la pensión San Jorge, Correa tenía el boceto, en acuarela, del cuadro *La Anunciación*, cuyo tema es una mujer embarazada que yace desnuda frente a un vitral, con lo que el pintor quiso plasmar el contraste entre las dos maternidades de la Virgen: la cristiana o tradicional y la biológica. Friede lo estimuló para que plasmara ese boceto en el lienzo y le prestó once pesos para que comprara la tela y demás materiales. El pintor comenzó la obra el 12 de febrero de 1941 y la terminó el 28 de junio del mismo año, proceso pictórico que el entusiasta *manager* filmó en colores.

El cuadro, de 1,90 m x 1,90 m, junto con un retrato del doctor César Uribe Piedrahíta, fue inscrito para participar en el Segundo Salón de Artistas Colombianos y recibido oficialmente por el jurado de admisión, compuesto por Luis B. Ramos, Andrés Pardo Tovar, Miguel Díaz y Álvaro Pío Valencia, pero el entonces ministro de Educación, Guillermo Nannetti, lo vetó por inmoral, irreverente, sacrílego e irreligioso. Correa ganó el tercer premio en pintura con el retrato del “mono” Uribe Piedrahíta, pero renunció al galardón en carta abierta al saliente ministro.

Al año siguiente, Correa, por insinuación de su *manager* y de otros amigos, entre los que se encontraban Pedro Nel Gómez y Fernando González, envió *La Anunciación*, con el título de *Desnudo*, al III Salón. La obra nuevamente fue aceptada por el jurado de admisión, compuesto por Darío Samper, Rafael Duque Uribe, Luis Vidales y Delio Ramírez, y declarada ganadora del primer premio en pintura por el jurado calificador conformado por Eduardo Zalamea Borda, Ignacio Gómez Jaramillo, Gustavo Santos y Roberto Suárez Costa. Tres días después de la apertura, el cuadro fue expulsado del salón y el primer premio en pintura anulado, por



Juan Friede.

orden de Absalón Fernández de Soto, ministro de Educación por aquel entonces, quien tomó dicha resolución presionado por algunos columnistas liberales —como Emilia Pardo Umaña, de *El Espectador*, y Calibán, de *El Tiempo*— y conservadores de *El Siglo*, así como por la Iglesia católica, que en ese momento discutía con el gobierno colombiano los términos de renovación del concordato.

Fue precisamente Emilia Pardo quien desató el torrente de críticas al escribir en su columna de *El Espectador*, del miércoles 14 de octubre, dos días después de la inauguración del certamen, que “el jurado calificador [fue] también falto de carácter. Muy bien el segundo premio otorgado a Ariza. Pero el primero, a un cuadro espantoso, e indecoroso, por añadidura, de un señor Correa, no han debido darlo.

“Ese cuadro no se debió exhibir. En primer lugar porque no hay que olvidar tan fácilmente que Colombia es un país católico [...] la sociedad debiera protestar seriamente contra esto. El hecho de cambiarle el título no cambia en nada la mezcla

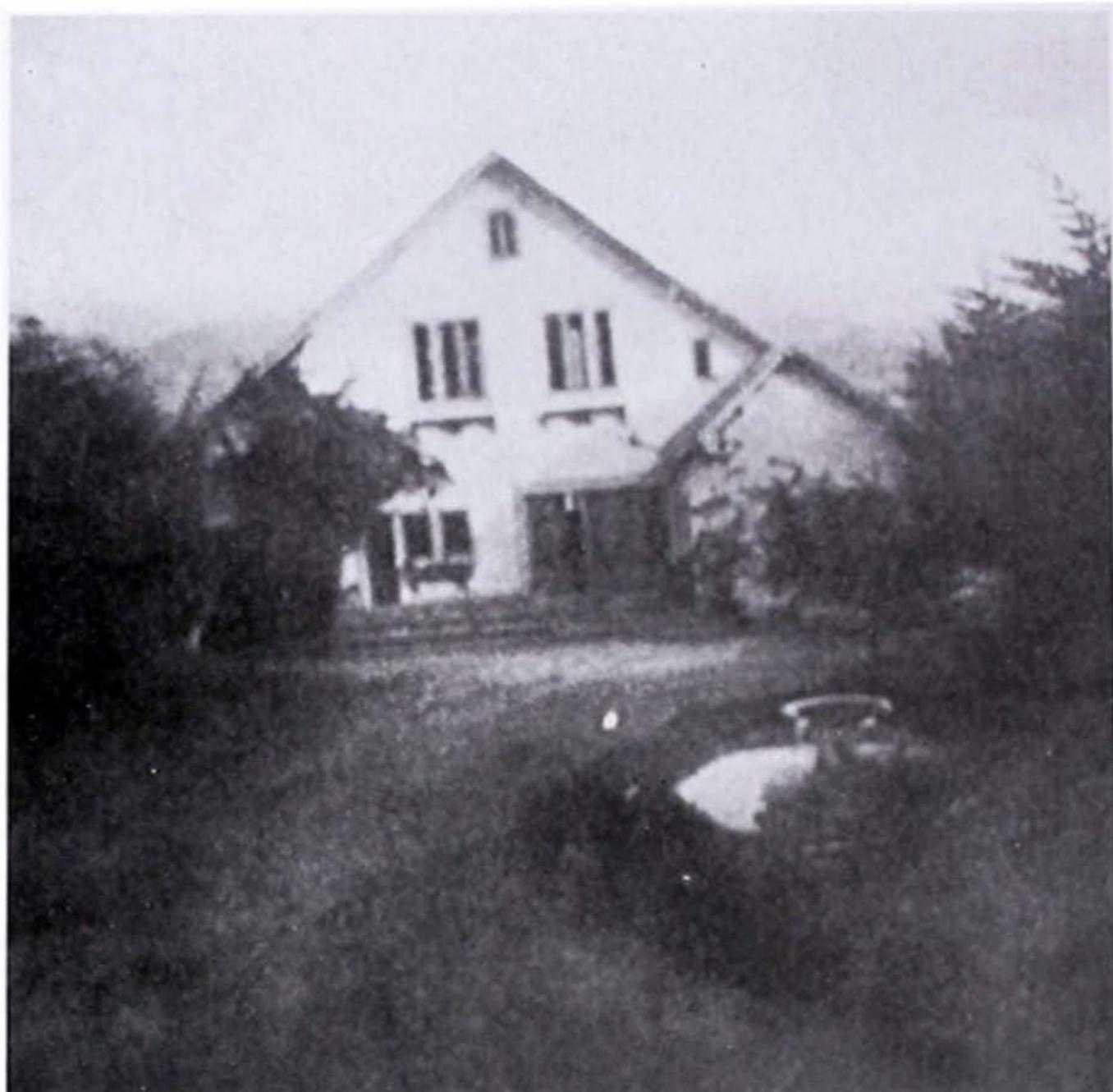


En una reunión social, en compañía de dos personajes no identificados, Bogotá, c 1960.

venenosa y maligna de un vitral sagrado y un desnudo más que desagradable". El incidente desató una enconada discusión entre los "moralistas" y los defensores del arte moderno. Después de un mes de debates, a Correa se le reafirmó su premio, pero por el cuadro *Naturaleza en silencio*.

A Friede no se lo mencionó abiertamente en los artículos y columnas que se produjeron durante la refriega. Sin embargo, sí se hicieron referencias bien directas al tipo de arte y a la ideología con que orientaba su galería de arte. Es así como Emilia Pardo Umaña escribió en la citada columna: "Hay algo muy grave en nuestro medio artístico, o al menos entre algunos de quienes le integran: es una completa perversión del sentido del arte, del gusto, de la estética, de la moral. No es que esto sea arte original y moderno, ni nuevo ni americanista. Es como si algo morboso y dañino, algo podrido bajo el pretexto del arte, estuviese corrompiendo el sentido de todo lo que es bello y de todo lo que es digno de ser admirado". Así mismo, cuando escribió un artículo especial para *El Tiempo*, segunda sección, titulado "El III Salón de Artistas", en el que ratificó y amplió algunos conceptos sobre el cuadro de Correa, hasta el punto de decir que era "malo y feísimo", declaró que "por otra parte llegan a Colombia incesantemente artistas o seudo artistas extranjeros. Los unos a vender pésimas telas aprovechando el ambiente que les favorece entre los artistas dirigentes, o entre sus mecenas, los otros a pasar lo mediocre y lo rotundamente malo como bueno, en un país en el cual el gusto se halla completamente desorientado. Los nuestros cuentan con alabanzas, con frases encomiásticas si es que son del grupo, o con una absoluta indiferencia si no están en él. Pero ni los unos ni los otros tienen el menor mercado para sus obras".

En realidad, en el momento del escándalo del III Salón de Artistas Colombianos, Friede se hallaba un tanto retirado del negocio de arte, aunque seguía comprando obras y comenzaba una carrera, corta pero provechosa, como crítico de arte. De esa actividad hay que destacar las monografías que escribió sobre Carlos Correa (1945) y Luis Alberto Acuña (1946), pues son casi los únicos testimonios de esa etapa de la historia del arte colombiano, así como algunos artículos publicados en *El Tiempo* sobre la pintura de Enrique Grau, Alejandro Obregón y la escultura de Eduardo Ramírez Villamizar.



Casa (chalé) de Juan Friede en Manizales.

VII

A consecuencia de que los negocios de arte no funcionaron, el dinámico gestor y promotor cultural tomó otras iniciativas y rumbos. Se dedicó a promover una cultura americanista mediante distintas formas: el 12 de julio de 1941 inició un ciclo de tertulias, los primeros martes de mes, en la amplia sala de su apartamento del edificio Friede, reuniones en las que se discutieron diversos temas y en las que participaron varias personalidades del arte, la política y la intelectualidad, y que fueron consideradas por José Joaquín Ximénez, reportero de *El Tiempo*, como algo valeroso, pues “se atrevía a congregar a todos los hombres desbaratados, locos y absurdos que son los poetas, los pintores, los escritores y los intelectuales. De ese comercio de ideas, de ese trueque de voces, de palabras, de insinuaciones, algo bueno ha de salir”.

En la primera tertulia participó el poeta Carlos Martín con la lectura de un estudio sobre la poesía contemporánea de América. A esa reunión asistió como invitada especial la famosa declamadora Berta Singerman, que por esos días estaba de gira en Colombia. En realidad, Friede siempre aprovechó la estadía en Bogotá de algún artista o intelectual extranjero de renombre para convidarlo a sus tertulias. Cuando no había una personalidad internacional a quien invitar, el convidado o convidados de honor eran nacionales. En la segunda reunión, el 5 de agosto de 1941, Alejandro Vallejo dio una charla titulada “Cervantes, hombre de experiencia” y los invitados de honor fueron el poeta Guillermo Valencia y Silvio Villegas, quienes, además, tuvieron la oportunidad de observar la obra del joven pintor Vidal Echavarría, colgada especialmente para la ocasión.



Recostado en traje de baño, probablemente en la cubierta de un barco, c 1930.

La tercera reunión fue distinta, pues presentó una función de bailes típicos colombianos (bambuco, galerón y cumbia), ejecutados por Jacinto Jaramillo y Cecilia López y explicados por el folclorista Guillermo Abadía Morales. El conferenciantes invitado fue el compositor estadounidense Aaron Copland, quien se refirió a la música contemporánea de su país.

La cuarta reunión fue quizá la más importante de todas, pues en ella se le rindió un homenaje al caricaturista Ricardo Rendón. Se leyó una hermosa página de Fernando González y Friede logró reunir para la ocasión un total de 120 dibujos originales del desaparecido maestro, algunos totalmente desconocidos, colección que don Juan adquirió y que permaneció expuesta al público durante dos días y que mantuvo en su poder hasta 1980, cuando la donó a la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. En realidad, desde el suicidio del diseñador de la cajetilla de cigarrillos Pielroja, el artista había sido prácticamente olvidado. Friede logró con su ofrenda que los bogotanos y colombianos de cierta sensibilidad volvieran a acordarse, momentáneamente, del gran maestro del humor gráfico.

La quinta tertulia, el 18 de noviembre de 1941, versó sobre arte. La conferencia de rigor corrió a cargo de Jorge Zalamea Borda, quien hizo un balance crítico de la reciente producción pictórica nacional, basado en su ensayo *Nueve artistas colombianos*, comentarios que fueron duros para algunos de los bachués. Por su parte, don Juan proyectó una película sobre el Segundo Salón de Artistas colombianos y, como el problema de Carlos Correa estaba reciente, invitó a Edgardo Salazar Santacoloma para que presidiera un debate sobre el asunto y a los miembros del jurado calificador para que se defendieran. Durante 1942 las tertulias continuaron, aunque con algunas interrupciones.

Otra forma de promover la cultura americanista fue cuando, junto con Antonio García, fundó la editorial Cultura, en la que auspició la edición de cuadernos con obras de varios poetas jóvenes —por lo que se les llamó “generación de los cuader-



Acompañado de dos personajes no identificados, en el Salto del Tequendama.

nos” o cuaternícolas— y publicó una de las primeras antologías de la poesía de León de Greiff. En unión de García y Guillermo Abadía, editó una gaceta cultural mensual, de muy corta vida, cuyo objetivo primordial fue publicar condensados balances periodísticos, positivos y negativos, del pensamiento y la cultura nacionales. Así mismo, quiso editar ensayos profusamente ilustrados sobre sus amigos artistas, principiando por Pedro Nel Gómez, pues siempre se declaró “pedronelista” convencido.

Se empeñó en defender, proteger y dar a conocer la cultura arqueológica de San Agustín (Huila), porque, al igual que “pedronelista” fue un declarado “agustiniano”. Para ello utilizó diferentes medios. En primer lugar el visual: en la Semana Santa de 1941 filmó una primera película en 8 mm sobre la estatuaria agustiniana y el estado de abandono en que ésta se encontraba, especialmente la que se hallaba fuera del parque arqueológico. Proyectó la cinta en la Galería de Arte, en la Escuela de Bellas Artes y a cuantas personas del alto gobierno pudo, entre ellas al presidente Eduardo Santos, con el fin de sensibilizarlas y concienciarlas sobre la importancia de conservar en buen estado la estatuaria.

Posteriormente, a finales de 1941 y principios de 1942, rodó un nuevo filme, en 16 mm y con duración de 45 minutos. Cinta memorable, pues en ella aparecen Pedro Nel Gómez, Fernando González y Carlos Correa, a quienes había invitado muy especialmente para que conocieran y apreciaran los monumentos, tratando que desde la pintura y la literatura se generara un enfoque de la civilización agustiniana. En esta ocasión, Fernando González emitió una aterradora y poco alentadora sentencia: “Era mejor enterrar todas esas estatuas en espera de otra generación que sí se diera cuenta del valor de ellas”. Tanto Friede como González estuvieron de acuerdo en que San Agustín debía cambiar su nombre por el de “los dioses de Isnos”, y consideraron el lugar como una “joya arqueológica” y como “el tesoro artístico más grande de Colombia”, el cual debía convertirse en el primer y más grande monumento prehistórico de Suramérica, orientador de un auténtico arte americano.

Así mismo, en la película se reseña la actividad arqueológica inicial de los jóvenes etnólogos egresados del primer curso del instituto Etnológico Nacional y se muestra el estado de abandono de muchas de las piezas y del parque arqueológico mismo.

Exposición - 18 de Octubre -

Pedro Nel Gómez

Guillermo Ojeda Antonio Ponce de León

Juan Felipe Mejía Humberto Buitrago

Alfonso Berrío Erwin Kraus

Dolores Peñaranda Arturo Camacho

Plácido E. Ricard Lisson

Saverio Gómez A. Víctor M. Gómez

Clemente Zamora Jarama

Jorge Berrío Carlos de Venecia

Eduardo Zalamea Enrique Uribe White

Guillermo Ojeda

Erwin Kraus

Arturo Camacho

Erwin Kraus

Erwin Kraus

Erwin Kraus

Erwin Kraus

Lista de asistentes a la exposición de pinturas de Pedro Nel Gómez, organizada en la galería de Juan Friede entre el 18 de octubre y el 9 de noviembre de 1940. Libro 1, pág. 175.

Tras permanecer diez días en San Agustín, los invitados de don Juan se trasladaron a Bogotá y se alojaron en el edificio Friede, ocasión que aprovechó para organizar y convocar la primera tertulia de 1942, la que se cumplió el 8 de enero y constituyó todo un acontecimiento, pues Fernando González, el filósofo de Otraparte, llevaba siete años de retiro en las montañas antioqueñas, sin asomarse a la capital. Después que el anfitrión ofreciera unos tragos de whisky y una opípara comida a la nutrida concurrencia, entre la que se encontraban José Joaquín Ximénez, Erwin Kraus, Jorge y Eduardo Zalamea, León y Otto de Greiff, Arturo Camacho Ramírez, Vidal Roza, Enrique Uribe White, Gilberto Owen, Carlos López Narváez, el invitado especial, don Fernando González, improvisó una charla sobre la cultura de San Agustín, relacionándola con la vida de los muertos. Lanzó la teoría de que "Cristo, en reali-

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

COLECCION DE DOCUMENTOS

conservados en el

Archivo General de Indias, Sevilla

referentes a la

Historia del Nuevo Reino de Granada y a sus zonas limítrofes

(C. D. N. B.)

Recopilada y ordenada

Por encargo de la Academia Colombiana de Historia

por

Juan Friede

Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, del Instituto Indigenista Nacional, de la Comisión Nacional de Folklore, del Instituto Gonzalo Fernandez de Oviedo, Madrid, Societé des Americanistes, París, etc.

TOMO I volumen I

Relaciones Generales

Original mecanografiado con correcciones de Juan Friede de la *Colección de documentos conservados en el Archivo General de Indias, Sevilla referentes a la historia del Nuevo Reino de Granada y a sus zonas limítrofes*, t. I, vol. I, págs. 3-4.

dad, era un Dios universal, mas no un Dios típicamente colombiano", y que un ejemplo de ello era que las estatuas de San Agustín eran "dioses colombianos cuya sensación se toma, se obtiene, más que con los ojos, con el tacto". Se refirió a la recién publicada antología de León de Greiff, y en general a la obra del poeta, como "un precioso documento que muestra y enseña el resultado de la mezcla de sangres nórdicas y antioqueñas en nuestro ambiente. En ningún otro lugar del mundo habría un documento de valor similar". A continuación, Friede presentó la película rodada en San Agustín en 1941 y leyó un ensayo, lleno de anécdotas, sobre el abandono en que se encontraban los tesoros arqueológicos de ese lugar.

JUAN FRIDE

EL PINTOR COLOMBIANO
THE COLOMBIAN PAINTER

CARLOS CORREA



EDICIONES *Espiral* COLOMBIA

1945

El pintor colombiano Carlos Correa (edición bilingüe), de Juan Friede, Bogotá, Ediciones Espiral, 1945.

Una segunda forma que adoptó para defender el patrimonio cultural agustiniano fue denunciar los atropellos que contra él se cometían. Tal vez su denuncia más sonada fue la que hizo ante Gregorio Hernández de Alba, director del antiguo Servicio de Arqueología, contra la casa The Sydney Ross of Colombia, de Barranquilla, distribuidora del analgésico Mejoral, uno de cuyos agentes había esculpido con un buril en una estatua del parque arqueológico, la de la calavera colgada, el nombre del analgésico, lo que costó a la Sydney el pago de una multa de 500 pesos, que sugirió el propio Friede.

Al mismo tiempo, no perdió ocasión para invitar a distintas personalidades a San Agustín. En septiembre de 1942 viajó con el pintor ecuatoriano Eduardo Kingman y el escritor Jorge Guerrero. Precisamente después de ese viaje fue cuando formuló su denuncia contra la Sydney Ross y durante él finiquitó la compra de una extensa propiedad en San José de Isnos, llamada por Carlos Correa "Frilandia", en

el indio en lucha por la tierra

Juan
Friede



Juan Friede, *El indio en lucha por la tierra*, 2.^a ed., Bogotá, Editorial La Chispa, 1972.

cuyos terrenos se encontraban, totalmente cubiertos de maleza, los sitios del Alto de los Ídolos y el Cabuyal. Muy cerca de ese mítico y extraño lugar, construyó una casa de madera, muy parecida en su arquitectura a la del Alto del Perro, en Manizales, dotada de un curioso sistema de balineras que permitía hacerla girar, a donde se fue a vivir.

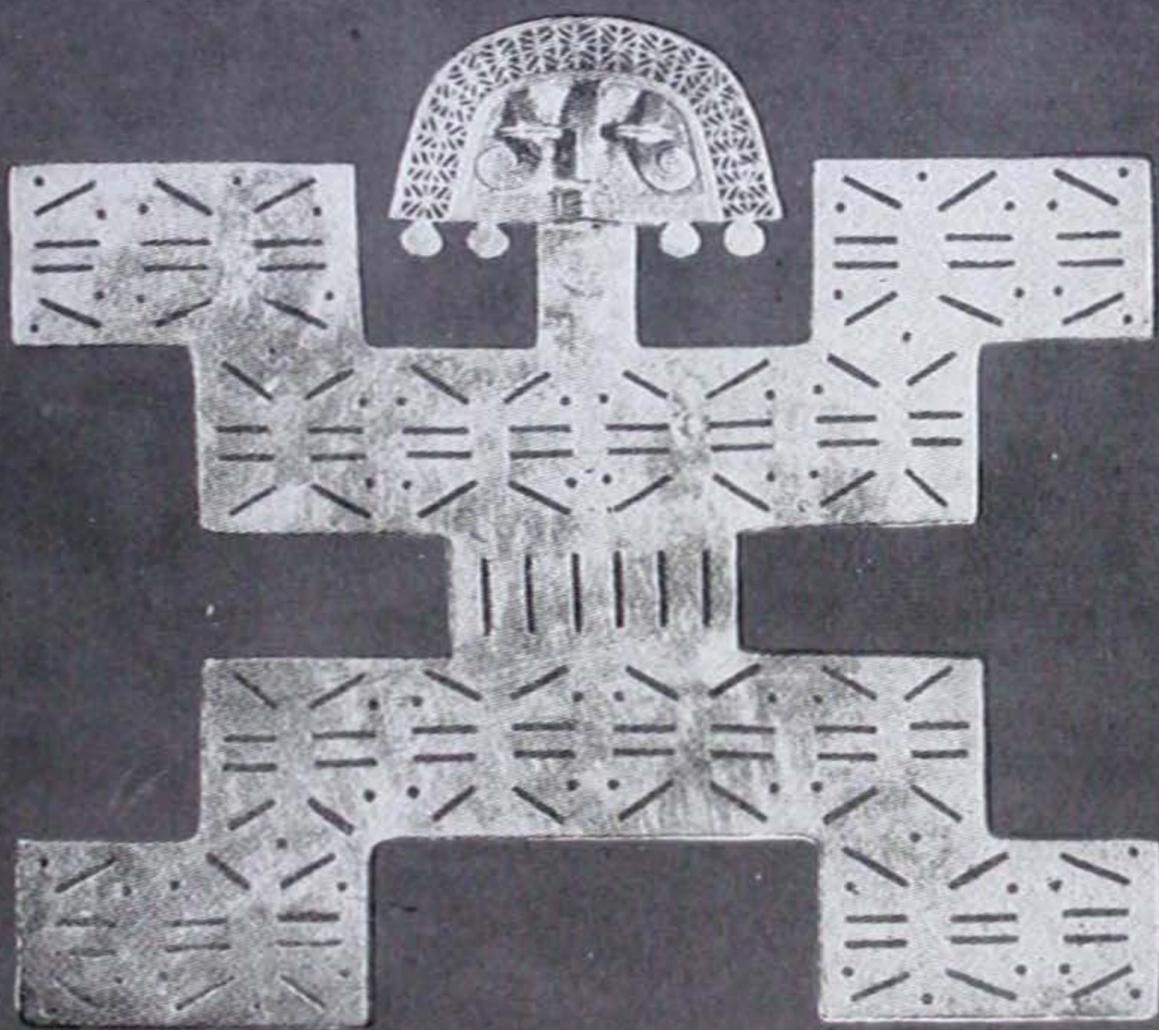
Se dedicó entonces a preservar las joyas arqueológicas y a promover la defensa de las estatuas que estuvieran en propiedad privada. Para conseguir tal objetivo, dio ejemplo de buena voluntad cuando, en agosto de 1944 y a instancias del recién nombrado director del Servicio de Arqueología, Luis Duque Gómez, donó al Instituto Etnológico seis pequeños lotes alrededor de los monumentos del Alto de los Ídolos.

LOS

QUIMBAYAS

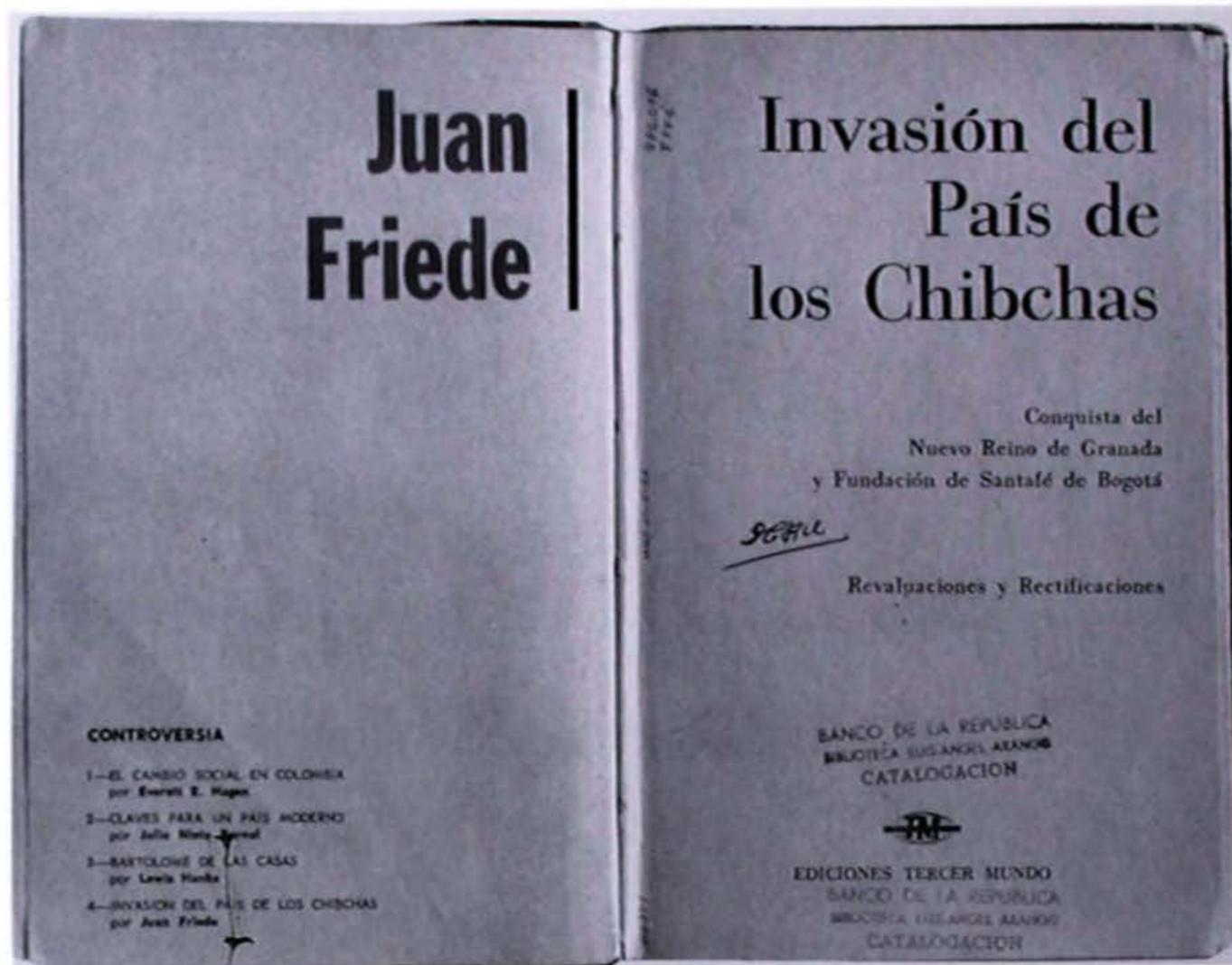
BAJO LA DOMINACION ESPAÑOLA

JUAN FRIEDE



Juan Friede, *Los quimbayas bajo la dominación española*, Bogotá, Banco de la República, 1963.

Durante su permanencia en Isnos, y como frecuentemente viajaba a Bogotá, pudo invitar a personajes como Gustavo Santos, hermano del entonces presidente de la república, y quien durante años fue presidente del Automóvil Club de Colombia y estaba estrechamente vinculado a la dirección cultural del país, al que conoció Juan Friede cuando trabajaba en el negocio de automotores. Otro personaje al que invitó fue al legendario líder indígena Manuel Quintín Lame, con quien entró en contacto durante la celebración del Día del Indio en 1943. Entre ambos se entabló una buena amistad, hasta el punto de que Lame lo eligió para que fuera padrino de su hija Mariflor, cuyo bautizo se cumplió en San Agustín en julio de 1945.



Juan Friede, *Invasión del país de los chibchas. Conquista del Nuevo Reino de Granada y fundación de Santafé de Bogotá*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1966.

Pero la permanencia de don Juan en Isnos no estuvo signada sólo por el altruismo. También montó un lucrativo negocio de engorde de ganado que traía de la bota caucana, Nariño y Caquetá, actividad a la que estuvo dedicado hasta principios de 1946, meses antes de viajar a Europa, y que le reportó muy buenos dividendos, pero también muchos enemigos, pues se desataron no pocos comentarios acerca de que era espía nazi y falsificador de dólares.

De todas maneras, adquirió gran prestancia en la región, lo que le permitió no sólo amasar una significativa fortuna, sino adquirir una importante colección arqueológica y etnográfica que en 1973 donó al Instituto Colombiano de Antropología. Así mismo, ejerció su influencia sobre el concejo de San Agustín para que a los etnólogos y otras personalidades de la cultura se les otorgaran lotes de tierra para que el lugar se convirtiera en el más exclusivo veraneadero del país, idea un tanto disparatada que llegó a cumplirse parcialmente, pues hubo algunas adjudicaciones por parte del municipio, pero ante el empuje de la violencia se desintegró, cuando los adjudicatarios dejaron perder las propiedades.

VIII

Friede aprovechó su residencia en San Agustín para reiniciar de manera sistemática sus reflexiones y estudios sobre las comunidades indígenas, muy especialmente sobre las del Alto Magdalena. En esta decisión influyeron dos circunstancias. La primera, que en 1941 había llegado a Colombia el famoso etnólogo francés Paul Rivet para fundar el Instituto Etnológico Nacional, antecedente inmediato del actual Instituto Colombiano de Antropología. Friede, desde un comienzo, asistió frecuentemente a las clases que se daban a los alumnos regulares y a cuanta conferencia pronunciaba el sabio director del parisiense Museo del Hombre, y les puso



REBELION COMUNERA DE 1781
DOCUMENTOS Tomo I
Juan Friede



INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA

Juan Friede, *Rebelión comunera de 1781. Documentos*, Instituto Colombiano de Cultura, Editorial Linotipia Bolívar, 1981.

mucha atención a los interrogantes que planteaba, especialmente sobre los andaquíes del río Suaza, grupo indígena acerca del cual escribió y publicó (1953) un extenso trabajo, considerado como un clásico de la llamada etnohistoria. Tiempo después participó en algunas expediciones promovidas por el Instituto Etnológico; de ahí que, dentro de su amplia obra, especialmente la de la primera época, se encuentren algunos trabajos etnográficos sobre los macaguajes de San



Postal con el rostro de Juan Friede.

Joaquín, en el Putumayo (1945), los carijonas-huaques del Caquetá (1948) y los cofanes (1952), así como una toponimia del Alto Magdalena (1945).

La segunda circunstancia fue que, en octubre de 1942, por la misma época del escándalo de *La Anunciación*, fundó con Antonio García, Gerardo Cabrera Moreno, Gregorio Hernández de Alba, Blanca Ochoa, Edit Jiménez, Luis Duque Gómez y César Uribe Piedrahíta, entre otros, el Instituto Indigenista de Colombia, dependiente del Instituto Indigenista Interamericano, con sede en la ciudad de México, corporación con la que simpatizaron algunas personalidades de la política y las letras colombianas, como Guillermo Hernández Rodríguez, Gerardo Molina, Armando Solano y algunos pintores y artistas, como Carlos Correa y Luis Alberto Acuña.

Desde un comienzo, Friede abrazó el indigenismo, que entendió como una política de acción y estudio con tres temas básicos de lucha y discusión: devolverle al indígena su dignidad étnica, oponerse a la disolución de los resguardos y combatir el tradicional régimen de misiones consagrado en el concordato de 1889. Nunca abandonó esta posición que le causó más de un desagradable incidente, pues en esa defensa del indígena chocó con los intereses de las clases dominantes y la Iglesia.

Así, tanto la vida académica como la militancia le suministraron ciertas bases para terminar de concebir la gran obra intelectual que emprendió y que llevó a cabo durante cerca de cuarenta años: el estudio y divulgación de la historia de algunos de los grupos indígenas (quimbayas y chibchas, especialmente) que habitaron el territorio colombiano, con especial énfasis en las traumáticas relaciones que establecieron con los españoles a la llegada de éstos, empeño que le significó estudiar algunas comunidades religiosas, principalmente la franciscana y la dominica, y empaparse de la vida de algunos de sus integrantes que, por sus actuaciones, fue-



Juan Friede en una travesía por tierras colombianas, s. f.

ron eminentes pioneros del indigenismo: fray Bartolomé de Las Casas, don Juan del Valle, fray Pedro de Aguado y fray Pedro Simón.

Recorrió y consultó los archivos regionales y locales de Timaná, Almaguer y La Plata, en busca de información, y fue así como en 1943 publicó su primer libro: *Los indios del Alto Magdalena. Vida, luchas y exterminio (1609-1931)*, el cual fue editado por el Instituto Indigenista de Colombia. Al año siguiente salió a la luz pública *El indio en lucha por la tierra. Historia de los resguardos del Macizo Central colombiano*, libro con el cual definitivamente se posesionó como consagrado investigador de la historia colombiana y al que seguirían 250 trabajos, entre libros, ensayos y artículos.

Un aspecto admirable fue que desde el momento mismo en que inició su vida como investigador, no sólo lo hizo con la mayor consagración y profesionalismo posible, sino que dedicó su fortuna a tal actividad, que le deparó grandes erogaciones y relativas retribuciones, pues, si bien siempre luchó porque se le reconocieran honorarios dignos y derechos de autor de acuerdo con la ley, las instituciones, además de ser duras de convencer, regateaban mucho y frecuentemente incumplían los pactos y contratos, lo que le obligó, en más de una ocasión, a subvencionar con sus propios recursos la investigación, escritura y publicación de algunos trabajos.

En 1946, después de algunas decepciones sentimentales, de amistad y aun en sus investigaciones, viajó a Europa, con el fin de permanecer allí por una temporada e investigar en los archivos españoles la historia del contacto entre los peninsulares y los indígenas. A partir de ese viaje se mantuvo durante los siguientes treinta años en un constante ir y venir de América a Europa y viceversa. En 1947 le propuso a la Academia Colombiana de Historia la publicación de cuatro volúmenes de documentos inéditos, consistentes en aproximadamente quinientas páginas, sobre la conquista del territorio colombiano por los europeos (1509-1550), colección que finalmente tuvo diez tomos. Esta recopilación documental constituye una fuente obligada de consulta para neófitos y expertos.

La labor de recolección de documentos referentes a Colombia dio como resultado 22 tomos, pues, además de los 10 primeros contratados por la Academia de Historia, publicó, con los auspicios del Banco Popular, 8 tomos que comprenden el pe-

riodo 1550-1575, continuación cronológica de los anteriores; más 2 tomos relativos a la Casa de Moneda, por encargo del Banco de la República, y 2 más sobre los Comuneros, que publicó Colcultura.

Todos sus libros poseen una sólida base documental y, por lo general, a cada uno antecedieron capítulos publicados como artículos, lo cual hace de ellos una obra intelectual muy bien estructurada e investigada, como pocas en Colombia.

En sólo una ocasión aspiró a un cargo público, el de director del Archivo Nacional de Colombia, pero ciertas intrigas y el cambio de gobierno de Alberto Lleras Camargo (1958-1962) a Guillermo León Valencia (1962-1966) impidieron que se posesionara. Aceptó entonces ser, además de catedrático de la Universidad Libre y de la antigua facultad de sociología de la Universidad Nacional de Colombia, investigador del Instituto Colombiano de Antropología, experiencia que le deparó amarguras y sinsabores, ya que, a raíz de la publicación por parte de la Universidad Nacional de un libro sobre la situación social de los arhuacos y sus conflictos con los misioneros capuchinos, tuvo que afrontar denuncias de esa comunidad religiosa, responder injustos cargos de Manuel José Casas Manrique, entonces director del Instituto Colombiano de Antropología, y de Pedro Gómez Valderrama, ministro de Educación, así como hacer descargos ante el nuncio. Todo ello sirvió, sin embargo, para que, años después y tras una incesante lucha de funcionarios, indígenas y antropólogos, el gobierno les quitara a los capuchinos el territorio misional de la Sierra Nevada de Santa Marta. No obstante, la molesta situación lo obligó a salir del país y radicarse por cerca de diez años (1964-1974) en los Estados Unidos, donde fue catedrático de historia colonial latinoamericana en las Universidades de Indiana y de Tejas y trabajó en la Biblioteca del Congreso de Washington.

Cuando trabajó en la Universidad de Indiana, encontró el tomo XIX de documentos sobre los comuneros, el cual fue robado de la Biblioteca Nacional de Colombia, con sede en Bogotá, y vendido a la Lilly Library por inescrupulosos mercaderes del patrimonio bibliográfico nacional. Basándose en este acervo documental estructuró el que sería su último libro, no publicado, sobre el papel eminentemente popular de la Revolución Comunera de 1781, para lo que retornó por algunas temporadas a España, la última de las cuales fue entre 1976 y 1977, con el fin de completar sobre todo con base en los Archivos de Indias de Sevilla, la información, que comenzó a comparar con la proveniente de los archivos colombianos, con la aspiración de que en 1981, doscientos años después del suceso, apareciera un novedoso análisis del tema. Desafortunadamente y debido a un absurdo accidente sufrido en Medellín en julio de 1980, comenzó a decaer física, mental e intelectualmente y nunca pudo terminar la que hubiera sido su última obra.